Díjome Montesinos, como toda aquella gente de la procesión eran sirvientes de Durandarte y de Belerma.

por no sé qué barruntos, que vuesa merced es su caballero para que me mordiera la lengua antes de compararla sino con el mismo cielo.

Con esta satisfacción que me dió el gran Montesinos se quietó mi corazón del sobresalto que recibí en oir que á mi señora la comparaban con Belerma.

—Y aun me maravillo yo, dijo Sancho, de cómo vuesa merced no se subió sobre el vejote, y le molió á coces todos los huesos, y le peló las barbas sin dejarle pelo en ellas.

—No, Sancho amigo, respondió Don Quijote, no me estaba á mí

bien hacer eso, porque estamos todos obligados á tener respeto á los ancianos, aunque no sean caballeros, y principalmente á los que lo son y están encantados; yo sé bien que no nos quedamos á deber nada en otras muchas demandas y respuestas que entre los dos pasamos. A esta sazón dijo el primo:

—Yo no sé, señor Don Quijote, cómo vuesa merced en tan poco espacio de tiempo como ha estado allá abajo haya visto tantas cosas y hablado y respondido tanto.

—¿Cuánto há que bajé? preguntó Don Quijote.

—Poco más de una hora, respondió Sancho.

—Eso no puede ser, replicó Don Quijote, porque allá me anocheció y amaneció, y tornó á anochecer y amanecer tres veces, de modo que á mi cuenta tres días he estado en aquellas partes remotas y escondidas á la vista nuestra.

Verdad debe de decir mi señor, dijo Sancho, que como todas las cosas que le han sucedido son por encantamento, quizá á lo que á nosotros nos parece una hora debe de parecer allá tres días con sus noches.

—Así será, respondió Don Quijote.

—¿Y ha comido vuesa merced en todo ese tiempo, señor mío? preguntó el primo.

—No me he desayunado de bocado, respondió Don Quijote, ni aun he tenido hambre ni por pensamiento.

—¿Y los encantados comen? dijo el primo.

—No comen, respondió Don Quijote, ni tienen excrementos mayores, aunque es opinión que les crecen las uñas, las barbas y los cabellos.

—¿Y duermen por ventura los encantados, señor? preguntó Sancho.

—No por cierto, respondió Don Quijote, á lo menos en estos tres días que yo he estado con ellos ninguno ha pegado el ojo; ni yo tampoco.

—Aquí encaja bien el refrán, dijo Sancho, de dime con quién andas, decirte he quién eres: ándase vuesa merced con encantados ayunos y vigilantes; mirad si es mucho que ni coma ni duerma mientras con ellos anduviere; pero perdóneme vuesa merced, señor mío, si le digo que de todo cuanto aquí ha dicho, lléveme Dios, que iba á decir el diablo, si le creo cosa alguna.

—¿Cómo no? dijo el primo, ¿pues había de mentir el señor Don Quijote, que aunque quisiera no ha tenido lugar para componer é imaginar tanto millón de mentiras.

—Yo no creo que mi señor miente, respondió Sancho.

—Si no ¿qué crees? le preguntó Don Quijote.

—Creo, respondió Sancho, que aquel Merlín, ó aquellos encantadores que encantaron á toda la chusma que vuesa merced dice que ha visto y comunicado allá bajo, le encajaron en el magín ó la memoria toda esa máquina que nos ha contado, y todo aquello que por contar le queda.

—Todo eso pudiera ser, Sancho, replicó Don Quijote, pero no es así, porque lo que he contado lo vi por mis propios ojos y lo toqué con mis mismas manos. Pero ¿qué dirás cuando te diga yo ahora como entre otras infinitas cosas y maravillas que me mostró Montesinos (las cuales despacio y á sus tiempos te las iré contando en el discurso de nuestro viaje, por no ser todas deste lugar), me mostró tres labraras que por aquellos amenísimos campos iban saltando y brincando como cabras y apenas las hube visto cuando conocí ser la una la sin par Dulcinea del Toboso, y las otras dos aquellas mismas labradoras que venían con ella, que hallamos á la salida del Toboso?

Pregunté á Montesinos si las conocía: respondióme que no; pero que él imaginaba que debían de ser algunas señoras principales encantadas, que pocos días había que en aquellos prados habían parecido; y que no me maravillase desto, porque allí estaban otras muchas señoras de los pasados y presentes siglos encantadas en diferentes y extrañas figuras, entre las cuales conocía él á la reina Jinebra y su dueña Quintañona, escanciando el vino á Lanzarote cuando de Bretaña vino.

Cuando Sancho Panza oyó decir esto á su amo, pensó perder el juicio ó morirse de risa; que como él sabía la verdad del fingido encanto de Dulcinea, de quien él había sido el encantador y el levantador de tal testimonio, acabó de conocer indudablemente que su señor estaba fuera de juicio y loco de todo punto, y así le dijo:

—En mala coyuntura y en peor sazón y en aciago día bajó vuesa merced, caro patrón mío, al otro mundo, y en mal punto se encontró con el señor Montesinos, que tal nos le ha vuelto. Bien se estaba vuesa merced acá arriba con su entero juicio, tal cual Dios se lo había dado, hablando sentencias y dando consejos á cada paso, y no ahora contando los mayores disparates que pueden imaginarse.

—Como te conozco, Sancho, respondió Don Quijote, no hago caso de tus palabras.

—Ni yo tampoco de las de vuesa merced, replicó Sancho, si quiera me hiera, siquiera me mate por las que le he dicho ó por las que le pienso decir, si en las suyas no se corrige y enmienda. Pero dígame vuesa merced ahora que estamos en paz, ¿cómo ó en qué conoció á la señora nuestra ama? y si la habló, ¿qué dijo y que le respondió?

—Conocíla, respondió Don Quijote, en que trae los mismos vestidos que traía cuando tú me la mostraste. Habléla, pero no me respondió palabra, antes me volvió las espaldas, y se fué huyendo con tanta priesa que no la alcanzara una jara. Quise seguirla, y lo hiciera si no me aconsejara Montesinos que no me cansase en ello, porque sería en balde, y más porque se llegaba la hora donde me convenía volver á salir de la sima.

Díjome asimismo que andando el tiempo se me daría aviso cómo habían de ser desencantados él y Belerma y Durandarte, con todos los que allí estaban; pero lo que más pena me dió de las que allí ví y noté, fué que estándome diciendo Montesinos estas razones se llegó á mí por un lado, sin que yo la viese venir, una de las dos compañeras de la sin ventura Dulcinea, y llenos los ojos de lágrimas, con turbada y baja voz me dijo:

—Mi señora Dulcinea del Toboso besa á vuesa merced las manos, y suplica á vuesa merced se la haga de hacerla saber cómo está, y que por estar en una gran necesidad, asimismo suplica á vuesa merced cuan encarecidamente puede, sea servido de prestarle sobre este faldellín que aquí traigo de cotonia nuevo, media docena de reales, ó los que vuesa merced tuviere, que ella da su palabra de volvérselos con mucha brevedad.

Suspendióme y admiróme el tal recado, y volviéndome al señor Montesinos, le pregunté:

—"¿Es posible, señor Montesinos, que los encantados principales padecen necesidad? A lo que él me respondió:

—"Créame vuesa merced, señor Don Quijote de la Mancha, que esta que llaman necesidad adonde quiera se usa, y por todo se extiende y á todos alcanza, y aun hasta á los encantados no perdona: y pues la señora Dulcinea del Toboso envía á pedir esos seis reales, y la prenda es buena, según parece, no hay sino dárselos, que sin duda debe de estar puesta en algún grande aprieto."

—Prenda no la tomaré yo, le respondí, ni menos le daré lo que pide, porque no tengo sino solos cuatro reales, los cuales le di (que fueron los que tú, Sancho, me diste el otro día para dar limosna á los pobres que topase por los caminos), y le dije:

—"Decid, amiga mía, á vuestra señora que á mí me pesa en el alma de sus trabajos, y que quisiera ser un Fúcar para remediarlos, y que le hago saber que yo no puedo ni debo tener salud careciendo de su agradable vista y discreta conversación, y que le suplico cuan encarecidamente puedo sea servida su merced de dejarse ver y tratar deste su cautivo servidor y asendereado caballero."

"Diréisle también que cuando menos se lo piense oirá decir cómo yo he hecho un juramento y voto, á modo de aquel que hizo el mar-